

Blanka N°15 Santiago julio 2002

:: low profile



MONICA GONZALEZ		LOW PROFILE	
LETRAS COMUNES	7+7	CHILE	PERIODISTA
FOTOGRAFIA: CRISTIAN SOTO TXT: DANIEL GREVE			

015

639531

LA PONEMOS DEL OTRO LADO. LA TRASLADAMOS DE ENTREVISTADORA A ENTREVISTADA, FUERA DE LA TRINCHERA DE LETRAS. ALGUNA VEZ COMUNISTA -SE HIZO MILITANTE A LOS 14 AÑOS-, EXILIADA DURANTE LA DICTADURA MILITAR Y AUTORA DE VARIOS LIBROS DE POLITICA, ESTA PERIODISTA, ACTUAL DIRECTORA DEL SEMANARIO SIETE + 7, HABLA DE UNA VIDA QUE LA HA PASEADO POR TODOS LOS ESTADOS EMOCIONALES POSIBLES, DE UNA CARRERA A LA CUAL LLEGO SOLO POR INQUIETUD Y QUE HOY LE ROBA EL SUEÑO Y DE UNA NUEVA GENERACION QUE RECONOCE PASIVA, PERO QUE VE CON FUTURO.

Mónica González Mujica se crió entre aventuras. La chica traviesa que trepaba árboles, corría por el canal San Carlos cuando éste se deshidrataba y amarraba sapos a un cordel, a modo de bulldog de pelea, ha recorrido un camino largo, casi burocrático, para estar donde está. No por atajo llegó a escribir cuatro libros -«Bomba en una calle de Palermo» (1986), «Los Secretos del Comando Conjunto» (1989), «Chile entre el Sí y el No» (1988) y «La Conjura» (2000)-.

No por azar recibió distinciones de la Comisión de Derechos Humanos de España y de la Universidad de Harvard. Porque para ganar premios y problemas, meterse en política y arriesgar la vida, ser mujer periodista enredada en un espacio considerado machista, tuvo que demostrar fortaleza de un músculo pocas veces desarrollado, como es el alma. Más que eso; un espíritu de lucha lo suficientemente agresivo y a la vez sensible.

Nació en una población de Pila del Ganso, de casas pareadas y vida sencilla, de la que sólo tiene buenos recuerdos, porque fue un lugar donde aprendió a convivir con la humildad, a ser feliz desde dentro hacia fuera, y no al revés.

Comenzó a percibir una sintonía hacia el tema social a partir de las palabras de su padre, Luis Antonio González, un obrero ferroviario anarquista, ilustrado, conversador y preocupado de su enseñanza, quien le habló de cómo se movía el mundo. **«El me mostró, sin odio, la revolución francesa, las guerras y muchos otros temas históricos y contingentes para que entendiera en qué mundo estaba parada».** Y de qué estaba hecho. Porque para Mónica, el mundo que vio en ese entonces, el heterogéneo, se acabó. Los días infantiles en que existía esa convivencia social entre hijos de ingenieros con hijos de obreros, o de médicos y barrenderos, se desdibujaron. **«Antes importaba la <meritocracia>. El mejor alumno era el que destacaba. Y yo me saqué todo los premios, a pesar de que era muy traviesa».**

Pero no sólo estuvo en la primera fila para ser premiada. Encabezó los trabajos voluntarios y de alfabetización cuando se hizo comunista, a los 14 años, luego de que su padre muriera en un accidente ferroviario. **«Ver llorar a un viejo de manos surcadas, porque logra juntar un**

**par de letras
y escribir su nombre,
es una emoción que a uno no se
le olvida nunca».**

tido Comunista que, dice, hoy no existe. Subraya que en el transformado partido, el de ayer y no el actual, hasta las conversaciones más triviales eran de un altísimo nivel, adquirido en forma autodidacta. **«Las enseñanzas de la vida hacían de ellos un puñado de potentes talentos carentes de prepotencia y cargados de una filosofía que propagaba el respeto por la vida, el trabajo y la dignidad. Ellos me enseñaron a no agachar la cabeza».**

La niña inquieta de ojos azules fue creciendo, y llegó a estudiar periodismo en la Universidad de Chile con una voz contradictoria en la cabeza, que por un lado la hacía dudar, y que por el otro le reafirmaba una vocación oculta. **«Muchos años después me di cuenta de que era periodista por convicción, porque había llegado a un lugar donde podía hacer servicio social, aunque en combinación con el comunismo, donde fui relegando lo individual por lo colectivo. Más tarde reparé que de tanto hacer apología del bien común perdí la dimensión del rostro individual».**

No era un problema menor. Había renunciado a lo más íntimo por hacer foco más lejos, en los problemas de gente necesitada, pero distante. Había olvidado qué había que recordar. Qué alimentar. Con estímulos, caricias, abrazos. Con placer. Un paroxismo inconsciente, un «amo tanto al prójimo que me olvido de mí» severo, amnésico, en buena parte dañino.

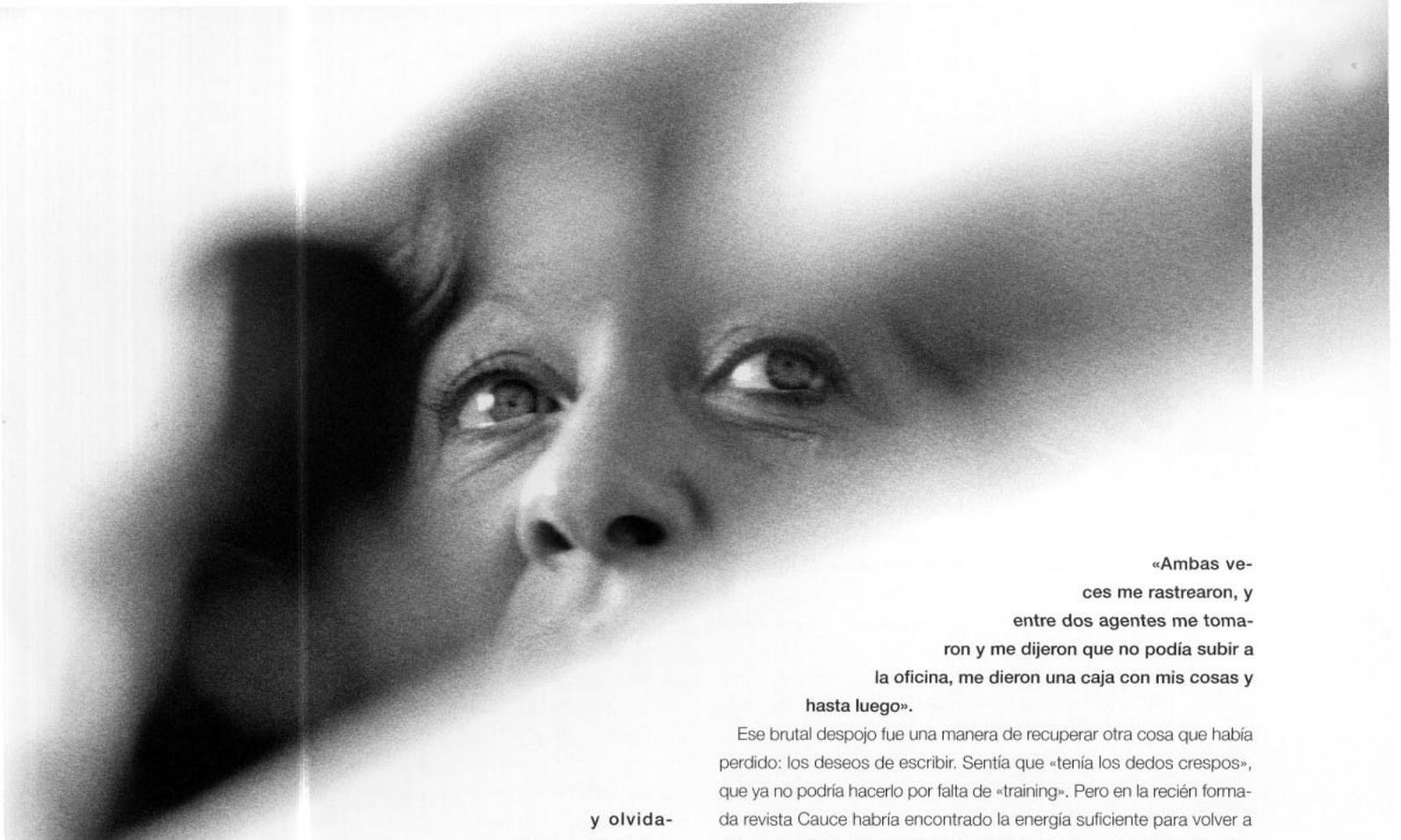
Era una época en donde había que cargar más de la cuenta, donde había que hacer piruetas con las manos ocupadas. Estaba embarazada de la última de sus dos hijas, militando, estudiando, trabajando. Toda una colección de gerundios.

De todas formas, y decantando, recuerda que esa vida tenía ribetes hermosos y optimistas: **«Todos comíamos, estudiábamos, cantábamos y rayábamos murallas juntos. Era algo maravilloso».** recuerda con nostalgia, en momentos que entra Genaro Arriagada a su oficina, deja unos papeles, y dice en un tono serio; «muy interesante», como si hubiese oído todo.

Obviamente se refería a los papeles.

Combinó su pasión ideológica con su trabajo periodístico en el diario El Siglo, donde el rojo de la sangre y de la tinta eran el mismo.

El calendario en la muralla: 4 de septiembre de 1970. Caminaba desde la Villa Frei hasta Santa Rosa con Alameda, donde estaba la Fech, con ocho meses de embarazo y los ojos bien abiertos para no olvidar. Había ganado Allende, y para ella, el espectáculo era desbordante. **«Creo que esa noche no se le va a olvidar a nadie. Ver a mujeres desdentadas transformarse por una noche en bellas, a los desarrapados**



«Ambas veces me rastrearón, y entre dos agentes me tomaron y me dijeron que no podía subir a la oficina, me dieron una caja con mis cosas y hasta luego».

y olvidados de siempre entre la multitud, fue una alegría que nunca más vamos a sentir. Y lo único que hice, de la mano de mi marido, fue mirar, llorar y cantar. Fue mágico y potente».

Aunque esa magia sólo haya durado poco más de un año, Mónica cree que entre las colas, el desabastecimiento y el mercado negro surgió una fuerza, una energía por vivir. Pero ella no pudo siquiera demostrarlo, y se fue exiliada a Francia.

Por accidente llegó a trabajar como obrera imprentera, no por mantener lazos con el periodismo, sino porque no había otra cosa, y ocupó un puesto destinado para un hombre. No manejaba el idioma, pero sentarse frente a un televisor se convirtió en su escuela inmediata. Y luego completó su vocabulario con el argot, jerga de la clase obrera francesa, que más tarde tendría que olvidar, ya que cambió bruscamente de escenario: pasó de obrera a gerente. **«Llegué a negociar los contratos millonarios con las principales empresas francesas, por lo que había palabras que usaba y no podía decir. Pero fue toda una historia, porque conseguí el puesto a raíz de una pelea que tuve con un tipo. Le hice ver que me trataba mal, y que él más que nadie debería saber cómo tratar a las personas. En lugar de echarme, me contrató para asumir, cuatro meses más tarde, la gerencia. Para el resto de la gente debe haber sido un salto aún más terrible, porque a la persona que veían a diario entintada entera la vieron saltarse quince peldaños de un día para otro».**

La nueva gerente que sedujo por su carácter pronto abandonó no sólo el puesto, sino que el país. Le dijo adiós a su cargo, a Sarcelles —ubicada al norte de Francia— y a su marido, del que se separó. Todo para llegar a Chile, donde no habría una buena bienvenida. De dos cargos —subgerente de créditos de Falabella y directora de comunicaciones del Instituto Chileno Norteamericano— fue echada «con escándalo» por la CNI.

Ese brutal despojo fue una manera de recuperar otra cosa que había perdido: los deseos de escribir. Sentía que «tenía los dedos crespados», que ya no podría hacerlo por falta de «training». Pero en la recién formada revista Cauce habría encontrado la energía suficiente para volver a comenzar. En noviembre de 1983 se incorporó en su tercer número, con un reportaje a la casa oculta de Pinochet en Lo Curro, con 250 mil ejemplares y un gran golpe. Reafirmó que sus dedos estaban tan ágiles como sus ganas de investigar, lo que convirtió en su sello.

«Si bien el reportaje fue reproducido en todo el mundo, comenzamos a correr un riesgo muy alto. Había conciencia del peligro, con un miedo que te traspasa, porque no sabes si vas a estar vivo al día siguiente. Yo no podía llegar después de las nueve y media de la mañana, porque significaba que algo me había pasado. Era una vida precaria, con miedo, bastante fuerte. No había opción. Quería que mi país recuperara la libertad, así es que seguí haciendo ese periodismo, el que sabía hacer».

Siguió por el mismo camino, sin saber si era bueno o malo. Poco tiempo después de otro gran golpe, el de El Melocotón, fue tomada presa y llevada a la Cárcel de Hombres de San Miguel. Algo que define como «terrible» y de lo que no quiere hablar.

Cuando salió, Cauce fue cerrada y muchos de sus compañeros fueron degollados. **«Tenía el testimonio de Andrés Valenzuela, el único hombre que desertó de la Fach, quien se entregó a mí. Publiqué esa entrevista y salí arrancando de Chile a Francia con tres hoyos de úlcera».**

Apenas se recuperó volvió al país. Se integró a la revista Análisis y se volvió a casar, dos muy buenas noticias. Pero el desafío de regresar a Chile como periodista de oposición, investigar bajo la alfombra y destapar lo que el gobierno creía en el hermetismo, le significó arriesgarse nuevamente y recibir las malas, que suelen ser más noticia que las buenas. Le pusieron una bomba en el auto y la volvieron a tomar presa, además de acumular hasta la fecha 26 querrelas, de las que salió, finalmente, sobreseída.

Con la llegada de la democracia cambiaron muchas cosas para Mónica. Asumió el cargo de editora general del diario La Nación, un medio **«con**

fender lo que uno cree que es el bien común».

En un país como Chile, y para creer en una democracia comprensiva y sin adornos, para Mónica es fundamental la juventud. «Me encanta. No es cierto que sean desinteresados. Es más difícil ser joven hoy que en mi época, porque antes había motores para enamorarse, soñar, descubrir la potencia interior. Hoy no está ese motor, ese espejo. Van a tener que atreverse a derribar los muros, como nosotros derribamos mitos y tabúes en los sesentas. Me gustaría, eso sí, que lo hicieran sin tanta violencia. A los jóvenes de hoy les hace falta darse el permiso para soñar».

Ahora tiene un nuevo sueño. Pero Siete + 7, semanario del cual es directora, es un sueño colectivo. Un medio que busca abrirse espacio entre la opinión pública «sin pedirle permiso a nadie».

Esta publicación nació hace poco más de cinco meses, perfilándose principalmente hacia el área política, social y cultural, con una inmensa inversión y campaña publicitaria, enrolando dentro de sus filas a rostros y cerebros como Tati Penna y Consuelo Saavedra, alguna vez cotizadas en televisión, y a cabezas como Hugo Arias y Carlos Maldonado, otrora editores del periódico electrónico El Mostrador.

Explica lo que pareciera una ecuación, quizás un acertijo: el nombre de este proyecto al que le dedica tiempo completo, reuniones y tazas de café. «Son los siete días que pasaron y los siete días que vendrán. No me gusta pensar siempre en el diario de mañana. A mí me gusta pensar con un pie en el pasado, en el presente y en el futuro. No me gusta la gente que niega su historia. Sin historia no eres nadie». ::

mucha mística, donde hicimos cosas preciosas», y se convenció de que la democracia era la visión realista de lo que había embalsamado por mucho tiempo en la utopía comunista. «Dejé de creer en la lucha armada, porque me di cuenta de que en los países del Este no había paraíso, y me percaté de que el único sistema que me gustaba era el democrático, porque en democracia, incluso el que no tiene, es igual que yo. Es imposible que el comunismo funcione para el hombre tal cual es. Lo único que logra, a través de un partido único, es abuso de poder, corrupción y que todo se haga mediocre. Tuve el privilegio de conocer a gente que había hecho la resistencia en Francia, que había sobrevivido a campos de concentración o al mismísimo Leonard Trepper –creador de la Orquesta Roja–, y fui entendiendo, poco a poco, que lo que yo creía un paraíso no existió nunca. Para mí fue un golpe muy fuerte, porque sentí que era responsable».

Mónica sintió esa carga, ese peso en su conciencia, porque descubrió que el comunismo había auspiciado hechos tan terribles como los que criticaba. Vino la invasión a Checoslovaquia, lo que se conoció como la Primavera de Praga. Y Mónica apoyó la invasión. «Eso no se me va a olvidar nunca. Entendí lo fácil que es aceptar brutalidades por de-

fantasías animadas de ayer y hoy

PEZ

Providencia 2124 local AB, Drugstore. Fonofax: 3348785